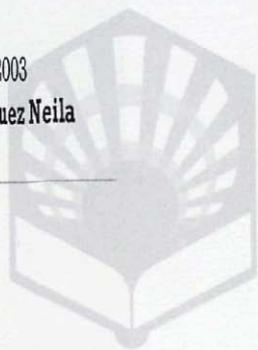


2002 *apertura* 2003  
del curso académico

Lección Inaugural del Curso Académico 2002-2003  
a cargo del Prof. Dr. **Juan Francisco Rodríguez Neila**  
Catedrático de Historia Antigua

---



2002 *apertura* 2003  
*del curso académico*

*Excmo. Sr. Rector Magnífico, Excmo. Sr. Presidente del Consejo Social, Excmas. e Ilmas. Autoridades, Claustro Académico, Pas, Alumnos, Señoras y Señores:*

Al corresponder la Lección Inaugural del curso 2002-2003 a la Facultad de Filosofía y Letras quiero agradecer a los órganos de gobierno de la misma, representados por su Ilustre señor Decano, que me hayan propuesto para impartirla, honor que tengo en alta estima.



Intervención del prof. Dr. Juan Francisco Rodríguez Neila a cuyo cargo estuvo la lección inaugural.

Mi especialidad es la Historia Antigua, y dentro de ella aquellas dos grandes culturas que fueron Grecia y Roma. Como estudioso mi profesión me empuja al pasado, pero como hombre de mi tiempo me siento comprometido con la Historia que ahora mismo se está forjando. En ella ocupa un lugar destacado la génesis de la Comunidad Europea. Atrapado entre ambos polos, he escogido como tema de mi disertación «El legado de Roma a la construcción de Europa». La primera parte del título reafirma lo mucho que Roma nos dejó. La segunda sugiere la importancia que creo tiene dicha herencia en la configuración de un modelo específico de civilización, la europea, premisa ineludible para avanzar hacia la unificación política y económica en la que actualmente estamos inmersos.

Griegos y Romanos de la Antigüedad Clásica, tan lejanos en el tiempo, entre ellos y nosotros la profunda catarsis ideológica que en su momento significó la irrupción del Cristianismo en el mundo pagano, y posteriormente otras revoluciones como la científica, la tecnológica y la económica, han establecido un vasto abismo. Pero no pretendo convertir a unos y otros, como a menudo se ha hecho, en versiones idealizadas de nosotros mismos. En muchos aspectos nos son muy ajenos, con sus absurdos dioses, sus misteriosos rituales religiosos, su deplorable esclavitud, sus interminables guerras o su indiferencia a los progresos de la tecnología. Que unos y otros hayan podido dejarnos algún legado imperecedero es algo que hoy suele olvidarse. Y que puedan tener algo que enseñarnos ya casi nadie lo mantiene. Que un ensayista como Robert Kaplan haya publicado un libro titulado «El retorno de la Antigüedad», defendiendo que del pasado podemos recoger las mejores herramientas para abordar los desafíos de nuestro mundo moderno, lo mismo en la política internacional que en los negocios, parecería una esnobista afirmación sin aparente fundamento.

Pero esa inmanencia de las categorías que, en diversos órdenes, forjó la Antigüedad Clásica, la proyectamos hoy en nuestro sentir común cuando definimos algo, sea un estilo, un objeto, un diseño, un valor, y hasta un partido de fútbol, como «un clásico». ¿Es «clásico» como un valor absoluto, impasible ante el flujo del tiempo, como dogma y paradigma? No estrictamente. Pienso más bien que desde el

Renacimiento hasta nuestros días «lo clásico» para el hombre moderno ha sido más que norma inmutable germen de nuevos caminos, experimentando ante ello más estímulo agonístico que sumisión servil. Lo clásico es una plenitud, que entraña en sí misma un nuevo comienzo, reavivar ese legado es una apuesta plena de sugerencias. Conocer y comprender el pasado es asumir lo mejor de su herencia, interpretarla como dinámico estímulo de futuro.

Fueron los humanistas del Renacimiento quienes inventaron el período «clásico», en contraposición a la «Edad Media», quienes bucearon eruditamente en ese rico legado, y sentaron las bases del conocimiento de la Antigüedad de que hoy nos nutrimos. Entonces los juristas se inspiraban en el Derecho romano, los matemáticos en Euclides, el latín era lengua internacional para la jurisprudencia, diplomacia, teología, ciencias, etc. Pero fue precisamente ese relanzamiento del conocimiento humano desde el siglo XVI a partir de las fuentes clásicas, lo que propició un afán de superación de esa misma herencia cultural, que acabó dejando «fuera de juego» a muchos autores clásicos (recordemos lo que sucedió con Ptolomeo y su geocentrismo universal) en diversos campos del intelecto humano. Y el avance de los nacionalismos favoreció el auge de las lenguas vernáculas en detrimento de la universalidad del latín. La cultura de la Antigüedad Clásica había nutrido a Europa, había sido su maestra. Pero cuando el discípulo empezó a crecer y hacerse mayor buscó nuevos derroteros por sí mismo.

También la fecundidad inagotable de la Antigüedad aportó un elemento sustancial de cohesión entre las emergentes nacionalidades de Europa configuradas, precisamente, en los períodos de mayor auge del clasicismo, el Renacimiento y el siglo XVIII. Sin embargo, tales procesos de afirmación nacionalista nunca arrinconaron aquella herencia clásica, esencial en la configuración de una identidad cultural europea compartida por encima de diversidades políticas. Y Europa siguió revitalizando los arquetipos que denominamos «clásicos», no bajo el espejo de una mitomanía infecunda, sino recreándolos a partir de sus propias vivencias.

Hoy día, en este mundo tecnificado y alienante que hipervalora lo práctico, lo útil, lo aplicado o lo rentable, corremos el peligro de desconectarnos del rico legado de la Antigüedad perdiendo el sentido de su valor. Podríamos pensar que el mundo clásico ha dejado escasa impronta en la Europa contemporánea. Pero algunas influyentes figuras que conviene tener en cuenta muestran cómo la herencia grecorromana ha estado presente con aportaciones muy significativas. Así Marx era filólogo clásico de formación, hizo su tesis doctoral sobre la influencia de Demócrito en Epicuro. Y si Sófocles no hubiera escrito su «Edipo rey» quizás Freud, el creador del Psicoanálisis, no hubiera elaborado de la forma en que lo hizo su teoría del «complejo de Edipo». Y que el teatro tiene una función terapéutica, sacando a la luz nuestras angustias internas, lo entendió Ricardo Wagner, que estimaba que su idea del drama musical procedía de Esquilo y del teatro griego.

Resulta curioso que hoy día la presencia de la Antigüedad Clásica en los planes educativos y en los programas de investigación tenga a veces que ser defendida y razonada «a capa y espada» en algunos países que en su momento formaron parte del Imperio Romano, donde la permanencia de tales estudios debiera ser un hecho evidente, a tenor no sólo de su tradición, sino de la gran influencia que el legado grecorromano ha dejado en nuestra personalidad cultural. Y ello sorprende aún más, cuando el interés por el mundo clásico está consolidado, o es creciente, entre los estudiosos de países que nunca formaron parte de la Romanidad, así Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, Finlandia o incluso Japón, por poner sólo unos ejemplos.

No debemos olvidar que nuestra moderna Europa se fundamenta en una ya vieja comunidad de civilización. La construcción de la Europa unida ni se entiende, ni es factible sino partiendo de una identidad cultural forjada desde hace siglos, donde la aportación romana sigue perdurando con huellas indelebles. Quizás las manifestaciones institucionales o declaraciones políticas que se hacen dentro de la Comunidad Europea no tengan suficientemente en cuenta esta realidad, pero está ahí. El modelo de civilización occidental, expandido desde Europa a otros ámbitos de nuestro planeta, y que simbolizamos a menudo en el progreso tecnológico, ahonda sus más profundas raíces en los modos de pensamiento y los cuadros de referencia de la

Antigüedad Clásica. Ahí están los esfuerzos de muchas generaciones a través de los siglos para conservar y reinterpretar dicho legado. Gracias a ello nos ha llegado, afán constante que prueba la intrínseca riqueza de la civilización grecorromana y su valoración enormemente positiva a través de la Historia.

También hoy, cuando queremos contrapesar las dominaciones del progreso sobre nuestra libertad, nuestra conciencia y nuestra condición de seres humanos, solemos apelar a un refortalecimiento de los valores del Humanismo. Para ello a menudo tenemos que recurrir a los sabios de la Antigüedad, que siguen aportando contenidos a dicho concepto por sus referencias morales o espirituales. No debemos olvidar que aquel mundo tuvo que enfrentarse con problemas de organización de la vida y de las relaciones sociales que ofrecen sorprendentes analogías con algunas de nuestras más modernas preocupaciones. Y en su conjunto sorprende por su inventiva, por la gran variedad de respuestas que aportó a los desafíos que se le fueron presentando. Probablemente tales sabios hubieran entendido nuestro mundo de hoy, con las servidumbres que nos impone nuestro celebrado progreso, mucho mejor de lo que podríamos imaginar.

En tiempos antiguos hubo otras grandes civilizaciones como Babilonia, Persia o Egipto. Entre nosotros siguen ejerciendo una gran seducción por lo que tienen de exóticas. Pero lo que entonces fueron en casi nada nos afecta directamente hoy, permanecen como «formas» políticas o culturales encerradas en los libros de Historia. No pasa lo mismo con griegos y romanos. Si debo tratar de convencerles en estos breves minutos de lo mucho que Roma nos ha dejado, exponiéndoles sólo algunas ideas fundamentales, quizás esta lección, hoy inaugural, debiera servir como apropiado corolario para un curso sobre la Historia de Roma. Estudiamos esa Historia porque de alguna manera hoy, veinte siglos después, nos sigue afectando. No importa el para qué, sino el por qué lo hacemos.

Hoy se discute mucho sobre el retroceso de Europa y su patrón de civilización ante el avance de otros modelos culturales, de su difícil convivencia con ellos, de la pérdida de su tradicional primacía. También



los acontecimientos del 11 de septiembre del 2001 han reabierto viejas heridas, reavivando en ciertos sectores de la sociedad occidental la ya antigua conciencia de autoidentidad europea por oposición a otras culturas y etnias alogenas. En suma, aquella polaridad Occidente-Oriente reactualizada dramáticamente en ciertos periodos de la Historia. El viejo debate vuelve a estar servido. Pero, como hace ya muchos siglos, no es un conflicto basado en antítesis meramente políticas, pues se argumenta sobre la imposibilidad de que convivan armónicamente distintos modelos culturales. El peligro radica en que tales enfrentamientos a menudo han reforzado la convicción de los antagonistas en la supremacía de su propio modelo cultural, menoscabando las posibles vías de entendimiento con «el otro».

La identidad de Europa se ha reforzado a menudo a partir de dicha dialéctica cultural. Ya la Grecia clásica se autoafirmó en sus más identificativos valores, democracia y libertad entre otros, por oposición a una Persia regida despóticamente, que además había violado su suelo patrio durante las Guerras Médicas. Y en última instancia la Hélade asumió la venganza de aquella Europa que los griegos constituyeron en entidad histórica por oposición a Oriente, cuando Alejandro Magno conquistó el imperio aqueménida. También la forja de Roma como pueblo y su autoafirmación como gran potencia mediterránea necesitó del conflicto con otros antagonistas que no sólo eran enemigos políticos, sino antítesis culturales, fueran Cartago, Parthia o los pueblos bárbaros.

Actualmente se reproducen algunos de los viejos esquemas. La primacía durante siglos de los paradigmas culturales europeos, que han suministrado valores y contenidos ideológicos a lo que definimos como Occidente, está siendo puesta en duda. Difundido, a menudo con arrogante superioridad, por otros ámbitos geográficos ultramarinos, hoy se confronta dicho modelo de civilización con otros mundos emergentes en el tablero internacional, se trate del Islam o del Extremo Oriente. ¿Acaso Europa teme perder su ancestral capacidad de seducción?, ¿es su modelo cultural válido sólo para sí misma?, ¿está caduca o puede autosuperarse con vivificadoras «asimilaciones»? Quizás una Europa convencida de que todo aquéllо de lo que es portadora sólo vale para ella, y no puede ser asumido por

otros ámbitos externos, sea una Europa sin destino, sin futuro. Quizás quienes ahora mismo compartimos los genes culturales que la definen, cualquiera sea nuestra patria, debemos reflexionar nuevamente sobre sus orígenes.

Puede que sea el momento de una nueva recreación de lo viejo como nuevo. Su sustrato clásico, su «romanidad» ancestral, quizás no hayan dicho todavía la última palabra. La perspectiva de unificación europea obliga a meditar seriamente en este sentido. Asumiendo una justa actitud de respeto y una enriquecedora comprensión hacia otras culturas, debe recordarse que Europa tiene una especificidad aquilatada desde hace muchos siglos. Y, ésto es importante, esa especificidad se ha proyectado a otros muchos mundos extraeuropeos, singularmente América. Entre sus esencias el legado de la Antigüedad Clásica ocupa un lugar primordial. Por ello, cualquier lectura que hagamos de lo que puede ser el futuro de Europa, debe ser precedida de una profunda reflexión sobre los elementos que históricamente han ido constituyendo, ya desde tiempos grecorromanos, su peculiar identidad.

El Hombre es un ser cuya existencia se proyecta en tres «espacios de relación»: su relación con la Naturaleza en la que vive, su relación con los demás seres humanos con quienes convive y su relación con Dios, origen y razón de ser de su existencia. La cultura europea ha realizado aportaciones decisivas en la formulación de esos tres espacios de relación ya desde sus raíces clásicas. Grecia descubrió el pensamiento sobre la naturaleza de las cosas, origen de la ciencia europea; los romanos nos legaron unos principios jurídicos racionales y avanzados para regular las relaciones sociales; finalmente, la trascendentalidad del destino del Hombre fue la nueva perspectiva aportada por el Cristianismo.

Si buscamos lo que es propio de Europa, lo que la singulariza respecto a otras culturas y ha sido fermento de su unidad, debemos remitirnos a dos componentes esenciales que han modelado originalmente su personalidad, la tradición judeo-cristiana y la herencia greco-romana. Son dos grandes y decisivas aportaciones, que a lo largo de la Historia a menudo se han entendido en relación



antitética, buscando la esencia de cada una en lo que la oponía a la otra, legitimando a una negando la contraria. Pero es probable que haya sido el dinamismo generado por la tensión entre ambos elementos lo que realmente haya dado a Europa su singularidad.

Reflexionamos sobre el significado de Roma para nosotros. Pero también los romanos convirtieron la herencia de otra cultura, la griega, en base de su propia civilización. Por eso a menudo se presenta a los romanos como «imitadores» más que «creadores». A diferencia de los griegos, que tenían a gala no deber nada a nadie, no haber tenido maestros, haber afrontado su progreso cultural dando valerosos saltos en el vacío, los romanos confesaban de buen grado lo que debían a los demás. A diferencia de los griegos, que reivindicaban con orgullo una presunta autoctonía, los romanos, tachados a menudo de soberbios, vinculaban su origen a una no autoctonía, a una experiencia fundadora, a un trasplante cultural mitológicamente expresado en la leyenda de Eneas, que abandona la «oriental» Troya, saqueada por los griegos homéricos, con su padre y dioses domésticos, para trasladarse a la occidental y mediterránea tierra latina. Así vieron los romanos su experiencia histórica como pueblo, trasplantar a un suelo nuevo lo que era ya viejo para infundirle nueva vida.

Lo que podemos identificar como herencia romana en la configuración de nuestra personalidad cultural europea debe tener siempre presente los antecedentes helénicos. Como lo entendieron los romanos, también el hombre europeo ha entendido a lo largo de muchos siglos que en ciencia, arte, filosofía, literatura, política o economía el progreso ha consistido en reactualizar y enriquecer los esquemas que Grecia aportó. En ese decisivo testamento helénico a la cultura occidental podemos destacar algunos capítulos esenciales. Por ejemplo, una dimensión racional que a través del *logos* permitió la creación de una nueva visión del mundo, basada en la ciencia y en la filosofía, un esfuerzo constante por descubrir las leyes que rigen la Naturaleza, que a fin de cuentas es el mismo impulso que sigue hoy animando la investigación que hacemos. Figuras como Euclides, Eratóstenes, Arquímedes, Hipócrates, Galeno, Pitágoras, etc., siguen siendo referencias básicas en la Historia de la Ciencia.

También podríamos destacar un concepto específico del arte y la literatura, que ha influido decisivamente en la forma de entender tales valores en el mundo occidental. Y el sentido de la Historia, los griegos fueron los creadores de la Historia como género, al que Roma aportó ilustres figuras; fueron los primeros que trataron de entender cómo funcionan los mecanismos del poder, tema capital sobre el que hoy, cuando la Humanidad parece haber ensayado ya todas las formas posibles de «funcionamiento político», se siguen aportando nuevas reflexiones. Vuelvo al ya citado ensayo de Kaplan. No conviene olvidar que en Grecia se descubrió la democracia, a la que apreciamos como una de las principales aportaciones y elocuente símbolo de nuestro modelo cultural occidental, de la que no hace mucho pudimos celebrar sus dos milenios y medio de existencia gracias a las reformas constitucionales que en Atenas introdujo Clistenes, por cierto nieto, ¿paradojas de la Historia?, de un homónimo tirano de Sicione.

Los romanos se sintieron deudores de Grecia, reconocieron sin ambages su superioridad cultural, la orgullosa pasión nacionalista que a menudo se les atribuye no obnubiló la racional constancia de un hecho irrevocable. Ese sentimiento de inferioridad ante los griegos lo expresó con atrevida sinceridad el poeta Horacio, en un momento de evidente exaltación del «nacionalismo romano» bajo Augusto, cuando escribió que «Grecia vencida venció a su fiero conquistador y llevó el arte al rústico Lacio». Pero también en Virgilio, cantor de la patria romana, el héroe fundador Eneas, cuando visita a su padre en los infiernos, escucha de él este «programa de futuro»: los griegos serán mejores escultores, oradores, astrónomos, Roma deberá contentarse con el oficio de las armas y la política para imponer la paz y la ley (*Eneida*, VI, 847-853). Arnold Toynbee, el gran historiador, decía que la civilización romana fue sustancialmente un contenido, la cultura griega, dentro de un continente, el estado universal. Y para Brague, que hace unos años publicó un ensayo reivindicando lo que llama la «vía romana» en la configuración cultural de Europa, los romanos «han aportado como nuevo lo que para ellos era viejo».

Pero sobre la percepción que el hombre moderno ha tenido de los romanos ha pesado indudablemente el haber sido precedidos por

la «experiencia griega» y ser eternamente deudores de ella. Por ello frente a la imagen jovial y optimista de los griegos, emplazados olímpicamente en sublimes pedestales por renacentistas o románticos, la imagen de los romanos no ha dejado de provocar ciertos desagradados en nuestra sensibilidad actual. Han sido presentados a menudo como gente ruda, militarista, poco creativa, de esquemas inflexibles, con genio político, eso sí, pero con soberbio sentido de su superioridad, mentalidad centralista y afán imperialista, aunque su imperialismo no haya sido ciertamente ni el más cruel ni el más infecundo de la Historia. De ahí los repudios que han suscitado en muchos intelectuales, actitud reticente que incluso alcanza niveles de comicidad, cuando los romanos son presentados como medio subnormales en los populares cómics de *Ásterix*. Incluyendo, por supuesto, al propio Julio César, cuya talla de estadista es reconocida por la mayoría de los historiadores. Y eso pese a que tales «historias», donde los romanos son ridiculizados por su tosquedad y falta de imaginación, se han escrito originalmente en una lengua derivada del latín.

Como vivimos en un mundo donde imperan los medios audiovisuales, hoy día tenemos en gran medida una percepción filmica de la Historia. La película histórica es una forma social de hacer Historia, imágenes, diálogos, personajes expresan los conflictos. Cuando hace ya algunos decenios el «cine de romanos» (nunca hablamos del «cine de griegos») estuvo de moda, ofreció una perversión de la realidad histórica de Roma, adobada con estéticas arqueológicas no muy fiables, y respondiendo a menudo a modernas consignas ideológicas de diverso signo. El género se fue devaluando, pero quedan en los anales del cine como excepciones de categoría el «Espartaco» de Stanley Kubrick, que abordaba la eterna dialéctica opresión/rebelión entre el poder y los marginados, proyectando al mundo romano las modernas reivindicaciones sociales. O el «Satiricón» surgido de aquel laboratorio onírico que era la mente de Federico Fellini, inspirado con bastante libertad en la homónima novela del romano Petronio, que buscaba huir de una canonizada Antigüedad diseñada según principios de valor imperecedero, y cuyos desenfadados protagonistas, ubicados fantasiosamente en la «adolce vita» de la Roma imperial, evocaban la contracultura, el espíritu

contestatario y liberal que se estaba viviendo por entonces, el famoso mayo del 68.

Dos ejemplos del Séptimo Arte, pues, donde los romanos han servido como referencia para expresar problemas e inquietudes muy actuales. Algo de eso vemos también en el moderno auge de la novela histórica. Cuando se remonta a la Antigüedad sus temas suelen situarse más a menudo en el mundo romano. Pero retorno al cine. Hace dos años el «cine de romanos» volvió a la palestra con el superoscarizado film «Gladiator». El primer fin de semana de su estreno recaudó 32 millones de dólares. Creo que Hollywood no se hubiera arriesgado a resucitar tal género, por lo demás bastante denostado, si no hubiera estado segura de tal respuesta. Y tal respuesta se dio porque, a fin de cuentas, Roma sigue presente entre nosotros como paradigma de muchas cosas, nos sentimos muy identificados con aquella civilización, nos ha impregnado más de lo que a menudo creemos, está en nuestro subconsciente, algunos de los problemas que la película de Ridley Scott plantea (sed de poder, afán de venganza, libertad e injusticia social) los leemos hoy en claves similares.

También es cierto que «Gladiator», que considero en general una gran película, no contribuye precisamente a hacer olvidar algunos de los estereotipos que han forjado la imagen convencional de Roma que hoy percibe nuestra sociedad, un mundo reducido simplemente al despotismo de los emperadores, la opulencia, el dominio bélico, los esclavos maltratados, los aristócratas dándose grandes comilonas recostados en sus triclinios, todos los grupos sociales disfrutando del espectáculo sangriento del anfiteatro...Y también las catástrofes, como las famosas secuencias de la erupción del Vesuvio y la destrucción de Pompeya, símbolo de un mundo decadente y corrupto que inevitablemente tenía que hundirse, y presagio de la neura catastrofista que en el cine actual encuentra inspiración en las modernas amenazas de la tecnología.

Quizás sea el momento de recordar que Roma no fue sólo eso, o fue «eso», pero también otras muchas cosas más, que resultan ser más decisivas, que incluso convierten a los viejos romanos ante nuestros

ojos en tremendamente «modernos». Por ello siguen siendo la civilización de la Antigüedad que percibimos como más cercana a la nuestra, de ellos nos sentimos herederos, sus ideas, formas de vida, inquietudes, creaciones culturales, esquemas de conducta, etc., no nos parecen, desde luego, en los antipodas de nuestro mundo. Pondré simplemente algunos ejemplos.

Todos somos conscientes de la importancia que hoy día tienen entre nosotros el cultivo de la imagen, la comunicación, la propaganda política electoral o el sentido del «marketing» comercial. Podemos pensar que son factores muy directamente relacionados con la forma de ser de nuestras modernas sociedades. Pero «funcionaron» en la Antigüedad. El arte romano, así la arquitectura, el retrato o los relieves históricos, tenía para los emperadores una fuerte dimensión propagandística, a través de tales manifestaciones se difundían las consignas políticas del poder, se visualizaban sus símbolos, se expresaba una idea del orden mundial y se difundían los patrones culturales de la Latinidad. Todo con la intención de dar coherencia ideológica al estado y expandir entre sus súbditos una conciencia de unidad. Un ejemplo elocuente es el *Ara Pacis*, altar de la paz erigido en Roma por Augusto y hoy conservado, que desvela en diversas claves iconográficas las justificaciones mitológicas del providencial destino que los dioses habían reservado a Roma en la Historia.

A similares propósitos servía la moneda. Recientemente hemos estrenado el euro, y quizás hasta tenerlo en nuestras manos no hemos llegado a percibir de forma realmente empírica el verdadero alcance que tiene ya la unificación europea. Compartimos el euro con muchos millones de europeos, como hace veinte siglos muchos europeos de diversas etnias y culturas compartieron el denario romano, y con ello la primera unificación monetaria de Europa. A través de la moneda unificada el régimen imperial difundió muchas consignas políticas, pero también buscó consolidar un espacio económico homogéneo.

Tercer ejemplo, la importancia de la comunicación hoy. Entre los romanos ese factor funcionó a través de las inscripciones grabadas en piedra, mármol o bronce y expuestas en los lugares públicos (foros,

calles, edificios). Nos han llegado miles de ellas, a menudo sirvieron para publicar documentos políticos o jurídicos, ensalzar los logros del régimen imperial, expresar los sentimientos religiosos, definir la imagen de los grupos dominantes o dejar memoria eterna de importantes obras públicas. Ese uso tan «moderno» de los medios de comunicación lo aplicaron también a lo que hoy llamamos «marketing electoral».

Es evidente que cuando hay elecciones lo que suscita más expectativas y morbo entre los votantes no es el hecho de emitir el voto, un «espectáculo» sobrio sin muchos condimentos del que somos fugaces protagonistas, sino las campañas de los candidatos. Muchas paredes de Pompeya, la ciudad que sepultó el Vesuvio en el 79 d.C., están cubiertas por panfletos donde se pedía el voto en las elecciones municipales para los candidatos a las magistraturas. Y Quinto Cicerón, hermano del famoso orador homónimo, escribió un «manual del buen candidato», muchas de cuyas agudas observaciones y sugerencias podrían ser hoy de recomendado uso para cualquier político, así las que tienen que ver con su «imagen» física y social o los influyentes contactos.

Y como estamos hablando de «marketing», debo añadir que el Imperio Romano, que resultó ser el más vasto espacio de intercambio económico conocido hasta entonces, desarrolló también sus propias estrategias de «marketing comercial», por ejemplo para vender desde Britannia hasta África, o desde Italia hasta Oriente, el muy apreciado aceite de nuestra Bética, de fama singular en aquel tiempo como la tiene hoy; o las conservas de pescado, la famosa salsa *garum*, cuyas ánforas iban marcadas con denominaciones de origen al estilo de *garum Hispanum*, para que no quedara duda de qué producto era el mejor.

Y tengo que volver a «Gladiador», pues también nos sentimos muy afines a los romanos en un espacio muy popularizado por el cine, la afición por los espectáculos de masas, la importancia que hoy concedemos al ocio, necesidad que Séneca señalaba en su tratado *De tranquillitate* (XVII, 4-8). Los combates de gladiadores en la arena del

anfiteatro, o las carreras de carros en el circo (recordemos ahora «Ben-Hur»), constituyen secuencias muy típicas del «cine de romanos». Entonces, como hoy, la alta sociedad iba a los juegos, como decía Ovidio (*Ars Amatoria*, I, 99), «a ver y a que los vieran». Y muchos aspectos de nuestros modernos espectáculos nos acercan a aquel mundo: la publicidad, pues los juegos eran anunciados con carteles en los lugares más concurridos, como hoy sucede con nuestras corridas de toros o partidos de fútbol, indicándose motivo, organizador, lugar, fecha y participantes; los ídolos de las multitudes eran entonces gladiadores y aurigas, ansiosos de obtener fama y gloria; los edificios más magníficos y emblemáticos eran los que acogían tales manifestaciones; el público exigía siempre novedades, cacerías con animales exóticos o mujeres gladiadoras; nuestros modernos «fans» o «hooligans» eran entonces las *factiones*, fanáticos grupos de seguidores que llevaban la violencia a anfiteatros y circos.

Había que evadirse, y nada mejor para ello que favorecer las convocatorias lúdicas, que permitieran a la masa olvidarse de su precaria e incierta existencia cotidiana. El régimen imperial se sirvió de ello tanto para desviar la atención social de los problemas más acuciantes, como para ganar el favor popular subvencionando a menudo los espectáculos. También en muchas ciudades del imperio los juegos fueron frecuentemente financiados por el dinero de los ricos, es decir, por el mecenazgo privado, otra forma de conducta social hoy muy de moda, y que constituye una de tantas herencias antiguas reactualizadas.

Como decía maliciosamente Juvenal, a los romanos sólo les preocupaban dos cosas: *panem et circenses* (*Sat.*, X, 73-81). Ya he aludido a los *circenses*. Pero para acabar con los paralelismos debo aludir igualmente al *panem*, o sea, al comer, pero más bien al arte de comer refinadamente. También nos parecemos a griegos y romanos en las ansias gastronómicas que se han generalizado en nuestras opulentas sociedades. Y por mucho que disfrazemos nuestro término «simposio» de contenidos académicos, no podemos despojarlo de lo que es su original y, desde luego, no totalmente perdido significado, «reunión para beber», «festín». Nuestra moderna cultura del consumo del vino reutiliza el mito antiguo como producto cultural moderno.

Ya en los poemas homéricos las comilonas están siempre presentes entre los héroes. E igualmente hoy como ayer el banquete funcionaba como espacio de representación y símbolo de rango, facilitando las relaciones sociales para hablar de lo divino y lo humano, recordemos «El Banquete» de Platón. Y lo mismo que hoy día los más afamados cocineros se asoman a los medios de comunicación y son imagen expresiva de algunos valores de nuestra sociedad, también entre los acaudalados romanos, donde hubo afamados prototipos de gourmets, los cocineros de calidad fueron profesionales muy cotizados. Ahora, cuando se reivindican las «cocinas históricas», la árabe, la sefardí, también estamos redescubriendo la romana, una cocina que ofrecía tan superelaborados platos, que a menudo los comensales no llegaban a saber qué engullían exactamente. Pero al menos «comían arte», y haciéndolo manifestaban su superior estatus.

También nos acercan a los romanos algunas trascendentales cuestiones que hoy nos preocupan y que ya a ellos les afectaron. Podría aportar diversos ejemplos, me limitaré a señalar algunos. Para empezar, los conflictos de lenguas y culturas. Los logros alcanzados por la Latinidad, cara a la configuración de un espacio cultural homogéneo en gran parte de Europa, no deben hacernos olvidar que todo ello se fue fraguando como superación de episodios bélicos, tensiones sociales y diferencias ideológicas, que lógicamente tenían que aflorar en un imperio que fue, no lo olvidemos, un vasto conjunto multiétnico y plurilingüístico. Ahora que se habla tanto de conflictos entre culturas, podemos entender bien qué pasó cuando los griegos, conducidos por Alejandro Magno, expandieron la civilización helénica hacia Oriente, llegando a las fronteras de la India, o cuando los romanos propagaron la suya hasta los confines de Occidente o por el norte de África. Culturas dominantes y dominadas, sociedades biculturales, procesos de aculturación, de asimilación o resistencia ante otra cultura prepotente, cuestiones antropológicas de enorme actualidad que reavivan algunos importantes problemas del mundo romano, en los que ahora no podemos entrar.

Un ideal de plena actualidad, respuesta a algunas de nuestras más palpitantes preocupaciones, es la conciencia ecológica, el cuidado



del medio ambiente. Encontramos sus antecedentes ya en la Antigüedad Clásica. La valoración de la Naturaleza, el desdén hacia la masificada ciudad, la apreciación de lo genuino e incontaminado, generaron en muchos intelectuales grecorromanos actitudes promotoras de una existencia natural y salvaje frente a los artificios de la civilización. La poesía bucólica, y toda una literatura de lo imaginario y exótico que recreaba mundos utópicos, elaboraron en aquel tiempo un variopinto catálogo de imágenes, referencia constante en la pintura europea desde el Renacimiento hasta la Ilustración del siglo XVIII, o en el mito del Buen Salvaje de Rousseau, que el cine del siglo XX ha recreado en Tarzán.

El promotor de tal corriente fue Teócrito, griego nacido en una megalópolis, Siracusa, cuyo bullicio callejero retrata en uno de sus «Idilios», «Las siracusanas» (XV), como si fuera la entrada en el Metro en hora punta o en las rebajas de unos grandes almacenes. También los filósofos cínicos, una especie de contracultura ecologista, promovían una existencia natural y primaria frente a todos los artificios de la civilización. El «stress» del *homo urbanus* no es algo moderno, el crecimiento de las urbes helenísticas y de la misma Roma produjo bastantes incomodidades. Ahí tenemos la imagen contestataria del «hippie» Diógenes en su tonel, despreocupado de casi todo. Y para los epicúreos el ámbito propio del sabio era el campo. No es que haya una continuidad, pero sí una similitud de respuestas ante los mismos dilemas.

Consideraciones parecidas podríamos hacer sobre las actitudes antibelicistas que han ido calando en nuestro mundo, hastiado de tantas guerras, pero que resultan sorprendentes en escritores romanos como Horacio, Propertio o Séneca, que vivieron en una sociedad que, como muchas otras de la Antigüedad, integró un fuerte componente marcial en su existencia. También aquel mundo, como hoy el nuestro, fue tiempo de inseguridades, de interrogantes ante los viejos valores, de agitación de las conciencias, de incertidumbre hacia el futuro. Y también entonces, como hoy, tenían que surgir las falsas esperanzas y las fórmulas escapistas, proliferaron los oráculos y los interesados profetas.

Termino aquí el elenco de semejanzas. Nos permiten observar a los romanos con cierto aire de complicidad, en sus formas de conducta se nos parecen mucho más de lo que su lejanía en el tiempo podría sugerir. Los entendemos mejor quizás porque los medimos con la misma regla que nos aplicamos a nosotros mismos. Y si lo hacemos así no podemos olvidar que hoy día, en que la cuestión del imperialismo está de rigurosa actualidad, ante la hegemonía de los Estados Unidos y el reciente hundimiento del «imperio» soviético, ha sido precisamente la imagen de una Roma imperialista, opresora de pueblos menos civilizados (ésto desde la óptica romana), pero libres, cuna de desigualdades sociales y destructura de culturas ajenas, la que ha servido de pretexto a imágenes muy negativas ante nuestros ojos que, como hemos visto, también el cine ha contribuido a fijar.

Pero en la Historia está igualmente la actitud opuesta, la hiperestimación de los romanos en nombre de los valores que se supone representan. Ha sucedido en la política, «lo romano» como fundamento y referencia en coyunturas ideológicas de muy diverso signo. No debe extrañarnos, pues a menudo las épocas pasadas han sido más influyentes precisamente cuando han sido mal entendidas. Dos ejemplos significativos, la Revolución Francesa y el Fascismo.

La Revolución Francesa, y más concretamente el entorno «revolucionario», estuvo plagada de nostálgicas evocaciones de la cultura romana: en el lenguaje (términos como tribunado, consulado, senadoconsultos), las artes y la ideología política (patriotismo, virtudes cívicas), en sus protagonistas, ideas y discursos. Aunque se ensalzaba no el Imperio, que evocaba el Antiguo Régimen, sino la Roma de la vieja República. Y no a título de referencias ornamentales o anecdóticas, sino como justificación y legitimación de sus actos. El famoso gorro rojo o frigio no es otro que el *pileus* de los libertos romanos; los ejércitos creados en abril de 1792 fueron *legiones*; las condecoraciones eran coronas cívicas; en los juegos de cartas se reemplazó a los reyes por sabios de la Antigüedad, etc. Y la obsesión napoleónica por desarrollar la red de comunicaciones se inspiraba en el modelo romano, lo mismo que la multiplicación de baños públicos evoca las termas romanas abiertas a todos. Aunque paradójicamente la figura de Espartaco, líder

de los esclavos rebeldes contra Roma, estuvo mal vista por agitador y colectivista, a ojos de unos revolucionarios para quienes la propiedad privada era uno de los derechos naturales del hombre.

El «clasicismo» ha sido utilizado luego como estandarte por corrientes conservadoras muy influyentes en la cultura europea de fines del siglo XIX y primer tercio del XX, defensoras de regímenes políticos de corte elitista y muy críticas hacia las democracias parlamentarias. Por ello la huera retórica y parafernalia de símbolos exhumados del pasado romano propia del Fascismo, especialmente en el caso de Italia, no favoreció mucho la imagen de Roma ante el progreso de las democracias tras la Segunda Guerra Mundial. La Roma clásica, paradigma inmutable de valores que había que defender, fue una de sus principales referencias. Tampoco en este caso la reivindicación de una nueva «romanidad» viril y conquistadora se limitó a circunstanciales alusiones a la patria, el destino civilizador, la jerarquía y el mando, todos valores «muy romanos». Fueron componentes básicos de su ideología imperialista.

Pero tratando de superar esa mala imagen ante las sociedades modernas, partiendo de la convicción, asumida por los propios romanos, de la superioridad cultural de los griegos, y quedando ante la Historia perfilados más como transmisores que como creadores, algunas interrogantes surgen de inmediato sobre los romanos: ¿acaso no añadieron nada realmente propio a la génesis de la cultura europea?, ¿no nos ofrecen nada genuino, salvo el Derecho, único terreno donde se les reconoce su carácter de aportadores?, ¿fue toda su contribución histórica difundir los tesoros culturales del Helenismo?

Es cierto que el redescubrimiento de la Antigüedad Clásica desde el siglo XVIII ha saltado frecuentemente sobre la contribución romana para alcanzar las limpias aguas de las originales fuentes helénicas. Esta perspectiva romántica de la cultura clásica ha favorecido sin duda la hipervaloración de «lo griego» en detrimento de «lo romano». Pero en términos de justicia histórica habría que alegar que transferimos la herencia de la Hélade no fue poca cosa. Y nosotros, beneficiarios de ello, deberíamos reconocer el papel singular de Roma en la

configuración de Europa, que se refuerza con más argumentos si se recuerda que, a través de ella, el legado helénico llegó hasta la cultura cristiana, decisiva en la gestación de nuestro modelo de civilización occidental y de sus más identificativos valores.

Todo ésto no deberían olvidarlo quienes diseñan la futura Europa más desde coyunturales pragmatismos políticos y económicos, que desde una asumida conciencia de lo que es la personalidad histórica de los europeos. Y en esa personalidad siguen estando latentes las propias «aportaciones romanas». Ahora sólo puedo esbozar algunas de las más significativas.

Para empezar, hay que señalar cómo la pervivencia y revitalización de ese sentimiento de unidad cultural que Europa posee debe mucho a uno de los grandes patrimonios que nos ha dejado la Antigüedad Clásica, las Lenguas Romances. Los romanos minusvaloraron su propia lengua, que estimaban pobre al compararla con la riqueza del griego, al que en última instancia remonta nuestro vocabulario abstracto, que nos sirve para proyectar nuestros pensamientos y creaciones intelectuales. Pero nuestra comunicación cotidiana está continuamente basada en una herencia de Roma, el latín.

Con una visión mediocre y tendenciosa en tiempos recientes el latín ha sido considerado una «lengua muerta». Tal afirmación es rigurosamente inexacta ya que, aparte de ser vehículo durante muchas generaciones de la herencia cultural europea, pervive hoy en las lenguas romances. Es cierto que cuando en 1965 el Concilio Vaticano II permitió el uso en la Iglesia Católica de las lenguas autóctonas, el latín perdió el privilegiado estatus que había tenido. Hoy se habla de la necesidad de revitalizarlo, actualmente se están acometiendo algunos proyectos no sólo para conservarlo, sino incluso para darle una función práctica. Quienes lo desconozcan quizás se sorprendan al saber que desde 1939 hay en Finlandia, país que nunca perteneció al espacio de la Latinidad, una emisora única en su género que emite semanalmente noticias en latín (*Nuntii Latini*), con gran éxito según parece. Sus promotores han tenido la divertida idea de inventar palabras neolatinas para describir realidades o inventos modernos.

También, desde 1992 la «Latin Foundation», creada por el Papa Pablo VI, está publicando el *Lexicon Recentis Latinitatis*, en suma el «latín contemporáneo». Gracias a tales iniciativas sabemos que los romanos hubieran podido llamar a una central nuclear *electrificina nuclearis*, a la explosión demográfica *incrementum populi terrestris*, al efecto invernadero *phaenomenum tepiderii hortensis*, a los discos de música *orbium phonographicorum theca*, al bikini *vesticula balnearis bikiniana*, al fútbol *pedifolium* y a Nueva York *Neo-Eburacum*. La *Academia Latinitati Fovendae* (Academia para el Fomento del Latín), en su reciente congreso internacional celebrado en Madrid, reivindicaba la funcionalidad moderna de la lengua de Horacio como vehículo de entendimiento entre los europeos.

Todos los elementos del léxico y de la gramática comunes a las lenguas romances son de origen latino, muchos europeos compartimos un vocabulario básico sin interrupción desde época romana. Por debajo de las variantes fonológicas permanece el mismo sustrato semántico, que tipifica a esa «protolengua» romance de la que se derivaron las variantes posteriores, y que hunde sus raíces en el latín. Latín hablado y escrito por los habitantes de todo un vasto espacio geográfico del imperio romano, coincidente con el actual ámbito de las lenguas romances. Y, lo que resulta también significativo, no hay constancia de que fuese impuesto políticamente por la fuerza.

Pero, además, los préstamos directos del latín no son una exclusiva de las lenguas romances. Otros idiomas europeos no romances se han ido enriqueciendo a partir del latín o de las lenguas romances, caso del inglés, el alemán o el galés. Esa transmisión de formas léxicas y conceptuales comunes a las hablas europeas es el legado más notable de la lengua latina. Pero quedan otros importantes aspectos. Por ejemplo el uso del alfabeto latino para la escritura en las áreas celta, germánica y magiar, y más recientemente para escribir lenguas que hasta hoy han sido solamente orales, como las africanas. Otro hecho decisivo es que algunas lenguas derivadas del latín, como el castellano, portugués, italiano y francés, se hayan expandido fuera de Europa. Hoy, en un mundo totalmente abierto por el desarrollo de las comunicaciones y dominado por la

informática -por cierto que «computadora» y «computer» vienen del latín *computare* (calcular) y «ordenador» de *ordinare/ordinator* (poner en orden, organizar)-, se sigue echando en falta esa lengua que facilite la conexión entre culturas y razas. Se generaliza el inglés, lo que suscita los recelos de las comunidades lingüísticas «romances», e intentos «técnicos» como el esperanto no han cuajado.

A todo ello hay que sumar otro hecho decisivo. Cuando en la Edad Moderna el latín empezó a perder su condición de *koiné* cultural de Occidente, dejó como precioso legado a las lenguas vernáculas una prueba de su vitalidad: un arsenal de materiales y procedimientos léxicos, un sistema para componer con sufijos y prefijos términos nuevos, que permite seguir formando neologismos científicos y técnicos para responder a las nuevas necesidades de la comunicación humana. La comunidad científica sí ha encontrado ese terreno neutral y abierto, pues el latín ha proporcionado el vocabulario específico de uso común en disciplinas como la Zoología, la Botánica, la Química o la Medicina.

La terminología científica es el dominio privilegiado de determinados grupos sociales definidos por su especialización en campos del saber. Se renueva y enriquece según progresa el conocimiento y hay que ir definiendo realidades y conceptos nuevos. Al mismo tiempo es universal, porque la usan especialistas de diferentes países y culturas para comunicarse. Tales lenguajes científicos están fuertemente marcados por los idiomas clásicos, griego y latín, y no sólo en la lengua en sí, sino en el sistema para componer con sufijos y prefijos términos nuevos, como vemos muy bien en Medicina. Latín y griego son lenguas de prestigio universal y ofrecen ventajas funcionales: tradición, expresividad, aptitud para composición de neologismos, lo mismo para definir causas o características de enfermedades que nuevo instrumental científico.

Otra herencia clásica fundamental la percibimos a través de la Literatura. Hay que empezar destacando la figura de Virgilio, el gran poeta nacional de la renaciente Roma de Augusto, muy influyente en todas las corrientes literarias posteriores, desde la Patrística cristiana

hasta el fervor nacionalista del Risorgimento italiano. Sus obras se han convertido en modelo de dos géneros poéticos: las «Bucólicas» del pastoril, la «Eneida» de la épica. Las clases políticas han necesitado muy a menudo poetas que exalten sus logros, Virgilio fue el prototipo de los poetas cortesanos del Renacimiento, de lo que fueron Shakespeare y Purcell para teatro y música en la Inglaterra isabelina, Camoens en Portugal o Corneille y Racine en la exuberante Francia del XVII.

Pero la aportación romana prevalece en otros órdenes literarios. Así sucede con la sátira, género donde se fustigan los vicios, corrupción o miserias de una sociedad con propósito de mejorarla, como hicieron Persio, Juvenal o Marcial censurando las cortes de Nerón o Domiciano. El estado y los políticos han estado a menudo en su punto de mira. No nos puede extrañar los grandes riesgos que a lo largo de la Historia han corrido los satíricos (recordemos nuestro Quevedo), y el furor que han suscitado en sus satirizados. En similar línea hoy día numerosas producciones de cine o televisión recurren a la parodia y la fantasía.

Otro sugerente reencuentro con las raíces clásicas lo hallamos en la literatura erótica. El erotismo ha sido uno de los aspectos más ocultos de la naturaleza y condición humanas, reprimido en unas épocas y utilizado quizás abusivamente en otras como estandarte liberador. La tradición clásica del género se ha ido reavivando desde la Edad Media al siglo XVIII, pasando por el Renacimiento. Hay una enorme documentación en la Arqueología o la Mitología para ilustrar la alta permisividad que ante el «hecho erótico» tuvieron griegos y romanos. Muchos temas eróticos de la mitología clásica han sido reactualizados periódicamente por la pintura, la escultura, la literatura y, contemporáneamente, por el cine. También por la música, así «Dido y Eneas» de Purcell, «Orfeo y Euridice» de Gluck, «Alceste» de Haendel o la «Medea» de Charpentier. Incluso el mito eterno del «Don Juan» lo podemos rastrear en la mitología en figuras como Hércules, del que ya Plutarco decía que «sería un trabajo del propio Hércules enumerar todos sus amores» (*Sobre el amor*; 761d).

La aportación clásica llega también a la escena. Hasta el Renacimiento no se revitalizó el interés por el teatro clásico. Pero, ¿hay

una contribución específicamente romana a este género? Quizás la comedia, vehículo de expresión del entorno sociohistórico inmediato. Algunos temas «eternos» remontan a época romana, así el equívoco de los gemelos idénticos lo hallamos en los «Menaechmi» de Plauto, y ha sido utilizado por el cine. Y la «Andria» de Terencio es precedente de una de las mayores creaciones del teatro italiano, «La Mandrágora» de Maquiavelo. En la Comedia Nueva antigua encontramos otros temas metahistóricos. Así el amor problemático entre dos jóvenes que encuentra resistencia, generalmente paterna. Pero cerca del final de la obra, gracias a un giro de la trama, el héroe se sale con la suya. O el engaño amoroso, un enredo complejo e ingenioso que envuelva a Eros en una tupida red de intenciones e identidades falsas. Más que erotismo descarado es coqueteo ingenioso el que emana de este tema, que también sedujo al gran Mozart en su «Così fan tutte». Y el tipo romano del esclavo intrigante y hábil en mil triquiñuelas, aquel que encarnaba Zero Mostel en la película «Golfus de Roma», genera todo un moderno elenco de tunantes tipo Arlequín o Polichinela, Sancho Panza o Leporello, el escudero del «Don Giovanni» mozartiano.

Pero si pervive en el teatro moderno una tendencia específicamente romana debemos buscarla en la tragedia, aunque remontando a sus raíces griegas. Séneca ha sido quien más interés ha despertado por la fuerza y rigor de su dramaturgia. Los personajes, análisis psicológicos o facetas del alma humana que se despliegan en sus obras han sido constantemente reciclados a través del teatro, la ópera, el cine o la novela (Eliot, Joyce, Sartre, Cocteau, etc.). Muchos autores del Renacimiento y épocas posteriores, siguiendo a nuestro inmortal cordobés, ubicaron en la Roma imperial el ambiente de sus tragedias, cuyas tramas y protagonistas apuntaban en última instancia a la Europa absolutista. Bastan como referencias Fedra o Medea. La historia de Medea, la hechicera de la Cólquide a donde Jasón fue en busca del Velloco de Oro, es posiblemente el tema clásico que ha tenido mayor influencia en la literatura, música y arte, siendo objeto de múltiples versiones en tiempos antiguos y recientes. Cada periodo ha actualizado el mito, lo ha reinterpretado de acuerdo con los gustos coetáneos. Es un exponente de cómo una historia que convulsionó al público grecorromano sigue interesando muchos siglos después.



Medea es uno de los más apasionantes y conmovedores temas de la Mitología griega. Y la Mitología es otra fascinante dimensión de la creatividad humana, donde la Antigüedad ha aportado decisivas inspiraciones a la cultura europea. Ovidio y sus famosas «Metamorfosis», desbarbarizando los mitos clásicos, y ofreciendo un modelo estilístico para narrar episodios mitológicos, le ha brindado un rico caudal de caracteres e historias, aportando multitud de inspiraciones al arte, la literatura o la música, sobre todo desde el Renacimiento, por su innata intemporalidad y sus profundos valores estéticos. Podría aportar multitud de ejemplos, por ceñirme sólo a la música los mitos clásicos prevalecen desde las óperas barrocas (Monteverdi, Lully o Haendel) a los grandes creadores del siglo XX (estoy pensando en Stravinski o Richard Strauss), pasando por el clasicismo del XVIII con Haydn o Mozart. Y no olvido al Séptimo Arte, con su enorme fuerza para crear modelos inspirados muchos de ellos en el mundo clásico, o presentar aplicaciones moralizantes de viejos temas a realidades modernas. El celuloide ha rescatado de la Antigüedad a sus más aventureros héroes mitológicos, Hércules, Jasón o Ulises, «supermanes» descubridores de mundos exóticos y ejecutores de maravillosas hazañas, prototipos de protagonistas para nuestras modernas historias de ciencia-ficción, y también como ellos humanizados por la pasión amorosa, pues junto al héroe, desde los tiempos antiguos, siempre ha existido una historia de amor.

Pero compartimos con los espectadores grecorromanos algo más que un mero interés artístico por los mitos, también el efecto catárquico y purificador que la identificación con los héroes sigue produciendo en nuestras almas. Los mitos clásicos constituyen elementos de referencia para nuestro universo simbólico, religioso o psicológico, ofrecen arquetipos de validez universal. Polimorfos y dinámicos como la vida misma, en los mitos y sus protagonistas, se llaman Ifigenia, Orfeo, Antígona o Ulises, están latentes nuestras inquietudes personales, nuestras claves sentimentales, nuestras grandezas y miserias, nuestras aspiraciones, en suma, nuestros sueños y dolores. Sus personajes reflejan virtudes o defectos que se pueden glosar con intención educativa o moralizante.

La explicación mítica nos permite captar y representar complejos estados del alma humana, modelos de conducta. Entramos así en la interpretación «científica» del mito. La tragedia griega, especialmente Sófocles y Eurípides, motivó algunas de las reflexiones más significativas de Freud, padre del Psicoanálisis y la Psicoterapia, sobre los comportamientos humanos, los problemas de organización y desorganización de la personalidad, del consciente y del inconsciente, de los sentimientos de culpabilidad e inocencia. Recordemos los complejos de Ecípo y Electra. Además, en los mitos y en sus personajes plasmamos nuestra nostálgica e idealizadora ansiedad por retornar a los orígenes, a la esencia de lo que sustancialmente somos como Humanidad más allá de los artificios que nos envuelven.

A través de la Mitología nos acercamos al terreno de la Religión. Es uno de los aspectos del mundo grecorromano que menos impacto ha dejado en la herencia cultural europea. Pero hay un valor antiguo que proyecta hasta hoy su actualidad como superación de lamentables antagonismos que frecuentemente han ensombrecido la Historia. Me refiero a la tolerancia religiosa. Ya fuera por un cierto fondo ideológico común, propio del sustrato cultural mediterráneo, ya por el carácter politeísta y antidogmático de muchas religiones antiguas, se produjo entonces un notable nivel de convivencia en este ámbito, fruto de un cosmopolitismo cultural impulsado desde las conquistas de Alejandro Magno en Oriente, que adquirió consistencia política bajo el Imperio Romano. El paradigma griego había sido la «ciudad-estado» como suprema unidad política, pero los movimientos filosóficos del Helenismo, muy influyentes en Roma, fomentaron una civilización ecuménica y desarrollaron una conciencia de igualdad, entendimiento y hermandad universal.

En un Mediterráneo cultural y políticamente fragmentado quizás la propagación de tales ideales no hubiera sido posible. Pero fueron precisamente la unificación política y la red de comunicaciones impulsadas por Roma lo que propició un sincretismo conciliador que pronto el Cristianismo, superando los primitivismos de la cultura pagana, vendría a llenar con una nueva escala de valores religiosos, éticos y sociales. Su difusión sería un fenómeno que marcaría

decisivamente la evolución cultural de Europa. Pero ya el propio poder político romano, a través del culto imperial, había vislumbrado cómo desde el ámbito de la religión podía favorecerse la integración pacífica de comunidades heterogéneas.

Hay también quienes piensan en un estancamiento de la cultura pagana, un vacío que el Cristianismo, aportando una nueva escala de valores sociales, éticos y religiosos supo llenar. La religión romana, de fondo muy primitivo, nunca estuvo en los críticos siglos del Imperio a la altura de una sociedad llena de desigualdades, que demandaba esperanzas y renovadores fermentos ideológicos. En ella habían ido impactando fuertemente las corrientes filosóficas helénicas, las experiencias místicas procedentes de Oriente, y también en su momento el Cristianismo. Fue quizás este dinámico factor, con su innovadora visión de la dignidad y trascendencia del Hombre, el que abrió un mayor abismo entre el mundo clásico y la Europa de siglos posteriores. Y de hecho ha sido la justificación de los valores culturales de la Antigüedad a ojos de la nueva religión un tema fundamental que se han ido planteando todos los Humanismos de inspiración cristiana. Superando extremas grecomanías o radicales posiciones antipaganas, ha sido posible atisbar en la cultura clásica ciertos valores cristianos.

En esa histórica depuración de los siglos grecorromanos como etapa de preparación para el advenimiento evangélico, línea reivindicatoria ya defendida por los primeros Padres de la Iglesia, descubrimos ciertos tiempos y figuras (Sócrates, Platón, Virgilio o Séneca) reinterpretados como «precristianos». También la misma estructura monárquica y centralista del estado romano, con la que el Cristianismo entró en conflicto durante sus primeros tiempos, acabaría marcando decisivamente el carácter de la propia Iglesia, en cuyos contenidos litúrgicos, rituales y conceptuales pervivieron muchas herencias paganas, empezando porque los Papas asumieron el más alto título religioso romano, *pontifex maximus*. La idea de Cristiandad universal es en cierto modo otro legado de Roma.

En esa identificación de valores clásicos proyectados a una Europa modelada culturalmente por el Cristianismo, debemos mencionar

también dos formas ejemplares de vida humana: el Héroe y el Sabio. Como ha resaltado el Prof. Lasso de la Vega, han sido decisivamente configuradoras de nuestros propios ideales y se han influido mutuamente. Para el mundo oriental el ideal de vida es la abstracción de toda actividad. Pero el héroe griego, se llame Aquiles o Ulises, aparece como paradigma de la conducta humana que encarna las más honrosas virtudes, defiende las causas nobles y sabe hacer frente a las adversidades de la vida. A su vez el ideal del sabio surge de la Filosofía. Es el hombre que conoce su camino y lo asume aunque le cueste la vida, como les pasó a Sócrates y a Séneca, exponentes de la a menudo difícil relación entre intelectualidad y poder. Si el héroe primitivo libera a la Humanidad de monstruos dañinos, imagen de una Naturaleza incontrolada, el sabio libera al hombre de su propio descontrol interior, producto de la superstición, el orgullo, la mentira y el temor a la muerte.

Hay otro aspecto singular de nuestros modernos patrones de conducta que nos acerca directamente a los valores del mundo clásico: el deporte. El siglo XIX fue el de la exaltación del trabajo como esfuerzo y sufrimiento cuya utilidad está en función de un producto mensurable. El trabajo, ciertamente, nunca fue un ideal en la Antigüedad grecorromana, y frente a esa visión pesimista de la vida propia del XIX se alza en nuestro tiempo un impulso libre y optimista, el culto al cuerpo. Frente al ideal del *homo oeconomicus* que entiende la vida como una lucha de pérdidas y ganancias, se opone el deportista, *homo anti-oeconomicus*, que combate con generosa entrega por ideales «inútiles». La idea de armonía intelectual y física, del cultivo del cuerpo y de la mente, la universalizaron los griegos a través de los Juegos Olímpicos, y también la arquitectura y la escultura la plasmaron plásticamente.

No es exactamente lo mismo, pero hay ciertas afinidades entre el ideal deportivo y el heroico. El primero nos acerca más que a los romanos a la *paideia* griega puesta al servicio del hombre joven que lucha por superarse a sí mismo, por ser el mejor, por la propia autocomplacencia, por emular a dioses y héroes, por ensanchar las fronteras de las posibilidades humanas, sin perspectiva de ganancia material. Hoy la juventud es un valor que se cotiza en un mundo

obsesivamente proyectado hacia el futuro. El culto al cuerpo y la exaltación del deporte son consecuencias de ello. Y los modernos Juegos Olímpicos, renacimiento de los que conoció la Antigüedad Clásica, resaltan periódicamente tales ideales, revitalizando al mismo tiempo el viejo sueño estoico de la fraternidad universal, a través de la limpia y libre confrontación deportiva que supera las barreras culturales, políticas e ideológicas de los pueblos. Como en la eterna Hélade. Y en la misma línea esas ilusiones se plasman en iniciativas de gran actualidad como las ONGs, que favorecen la igualdad, el entendimiento y la colaboración entre los seres humanos, estimulando aquella idea de comunidad universal que vislumbraron muchos intelectuales del mundo clásico.

A la consolidación de tales valores sirvió, y no en poca medida, un campo de la creatividad humana donde la aportación de Roma siempre se ha considerado singular y decisiva, el Derecho, el único que permitió superar en la vieja Europa la profusión de los derechos consuetudinarios locales, donde abundaban los primitivismos y los abusos de los poderosos. El absolutismo imperial romano coexistió con un sistema legal altamente desarrollado, modelo para la posteridad. Puede que los romanos no profundizaran en la «democracia» como los griegos, pero en temas sustanciales como «familia», «propiedad», «administración municipal», «personalidad jurídica», «procesos», «negocios», etc., marcaron un gran progreso. Muchas figuras jurídicas se siguen definiendo en latín.

No es que hoy nos gobierne el Derecho Romano. Pero su inmanencia en los derechos modernos es uno de los más trascendentales legados de Roma. Lo fundamental de esa herencia arranca de la labor recopilatoria efectuada por el emperador bizantino Justiniano, quien en el siglo VI d.C. efectuó una importante codificación del legado jurídico anterior. Ello permitió que la legislación romana pudiera llegar en su estado original hasta la Edad Media, e influir en ella notablemente, una vez recuperados los contactos con Bizancio tras la expansión islámica. En su conocimiento y propagación resultó fundamental el papel de la Iglesia y de las escuelas de juristas desde la Edad Media, extendiéndose luego su influencia a reyes, príncipes y

ciudades, que también contrataron como consejeros a expertos en leyes. En el *corpus* jurídico romano podía encontrarse la solución a cualquier problema.

Así hasta el siglo XVIII, cuando se produjo el desarrollo de los códigos nacionales. Pero también la Revolución Francesa, decisiva en la configuración de la Europa contemporánea, bebió en similares fuentes. En última instancia su impulso generador no fue otro que aplicar a la sociedad el derecho público romano, la soberanía popular, la reivindicación de la *Res Publica*. De ahí las continuas alusiones al Brutus que en Roma acabó con la despótica monarquía de Tarquinio, y al otro Brutus que siglos después hundiría su puñal en el cuerpo del dictador Julio César. Una de las más decisivas creaciones surgidas de la Revolución Francesa fue el «Código Napoleónico», con una fuerte impronta jurídica romana. Es importante recordar la enorme influencia que ha tenido en los países europeos y, a través de ellos, en el resto del mundo, así América.

Otra dimensión fundamental de la herencia dejada por la Antigüedad Clásica a la cultura europea es el Arte, inagotable fuente de inspiración formal y espiritual sobre todo a partir del Renacimiento, basta recordar a Miguel Ángel, Donatello, Mantegna, Palladio, Rafael o Leonardo. Me limitaré aquí a destacar dos capítulos esenciales, la escultura y la arquitectura. La escultura romana impactó decisivamente en los artistas renacentistas. Algunas obras muy famosas, como el Apolo de Belvedere o el grupo del Laocoonte, se convirtieron en referencia suprema de la belleza artística clásica, influyendo por ejemplo en actitudes y anatomía de las figuras pintadas por Miguel Ángel en la Capilla Sixtina o por Rafael en las estancias del Vaticano.

En géneros muy propios como el retrato Roma legó modelos institucionales vigentes hoy. En este sentido muchas creaciones escultóricas de tiempos modernos participan del constante objetivo conmemorativo y propagandístico del arte romano, tanto a nivel privado como estatal. En suma, de la importancia concedida a la «imagen» públicamente expuesta como soporte difusor de ideas, símbolos, consignas políticas, conmemoraciones históricas, personajes eméritos,

etc. El Prof. Zanker dió por título a una conocida monografía suya «Augusto y el poder de las imágenes». Pero también aquella Roma imperial resucitada desde el Renacimiento por papas y aristócratas, que llenaron sus espacios públicos de estatuas, nos proyecta un ideal antiguo que las modernas corrientes culturales quieren recuperar hoy, la ciudad como museo, el arte abierto a la contemplación de toda la ciudadanía.

Algunos modelos de la escultura romana han adquirido carta de perennidad. La famosa estatua ecuestre del emperador Marco Aurelio, que Miguel Ángel ubicó en la plaza del Campidoglio de Roma, generó el prototipo de conductor de pueblos, así han sido representados diversos gobernantes de los tiempos modernos. El microcósmico y detallista mundo de los relieves conservados en los sarcófagos paganos repercutió en las formas y estilo de la escultura medieval, nutriendo a artistas como Ghiberti, autor de los relieves de las puertas de bronce del baptisterio de Pisa. La huella grecorromana se perpetúa en el período neoclásico y en la escultura del siglo XIX, con artistas como Canova. El tratamiento del desnudo será uno de los aspectos iconográficos del arte antiguo más influyentes en la escultura y en la pintura del Renacimiento y del Barroco. Y tanto el sello formal de la Antigüedad, como los temas procedentes de la Historia y Mitología clásicas, marcan la pintura histórica del Neoclasicismo, cuyo principal exponente es David, el pintor de aquella Revolución Francesa que inspiró otras revoluciones posteriores. Sus cuadros recogen temas -así «El Juramento de los Horacios»-, que celebran el patriotismo de la Roma republicana (antítesis de la denostada Roma de los emperadores) como ejemplo a seguir por la moderna Francia revolucionaria.

Pero es, sin duda, la Arquitectura la proyección más magnífica de la civilización romana. Y cada época ha redescubierto en ella el lenguaje de los órdenes, la coherencia de sus proyecciones, su equilibrio, la exuberancia de sus volúmenes. Las formas particulares de la construcción romana siguen reinterpretándose e inspirando nuevas soluciones. En este terreno los romanos, aunque partiendo de la tradición helénica, fueron más innovadores, y sus contribuciones técnicas (bóveda, arco de medio punto) ejercieron decisiva influencia

tanto en la arquitectura medieval (el nombre de Románico lo dice todo), como en la renacentista y neoclásica. Y esa arquitectura hay que entenderla en el marco de otra disciplina que los romanos tuvieron muy en cuenta, el Urbanismo, la planificación racional de ciudades para hacerlas más confortables, un campo donde siguen dando lecciones: diseño de espacios de uso público, infraestructuras, atención a la higiene, ámbitos para el ocio, etc.

Un prototipo arquitectónico tan suyo como la basilica marca la continuidad entre dos mundos aparentemente antagónicos, el pagano y el cristiano. Cuando el Cristianismo se dotó de edificios de culto no tomó como modelo el templo pagano, sino ese tipo de edificio público muy funcional, de planta rectangular con pórtico flanqueado por columnatas, ábside y techo de madera (así en S. Juan de Letrán o Sta. Maria Maggiore en Roma). Otro modelo edilicio romano que influyó notablemente en la arquitectura occidental fueron las termas, señas de identidad de toda una forma de civilización. Tuvieron gran repercusión en la proyección y configuración del espacio por su gran monumentalidad, su sereno esplendor, la estructuración de sus estancias en torno a grandes ejes, el diseño de perspectivas espectaculares sobre ámbitos intercomunicados, como vemos en Roma en el interior de la basilica de San Pedro o de Sta. Maria de los Ángeles, que aprovecha estancias de las Termas de Diocleciano, o en la iglesia de Sant' Andrea de Mantua. Ningún tipo de edificio público civil ha superado a las termas.

También la magnificencia del poder político, sus ideales, sus victorias militares y sus fines propagandísticos se han expresado a menudo bajo modelos arquitectónicos romanos. Uno es el arco de triunfo con relieves, perpetuado en la Puerta de Brandeburgo berlinesa, el arco de Carrousel y el de L'Étoile del París napoleónico, Marble Arch en Londres, arco de la Victoria en Munich, y por supuesto en su moderna versión parisina emplazada en la zona de La Défense, etc. Otro prototipo destacable es la columna conmemorativa con relieves en espiral, imitando las erigidas en Roma por los emperadores Trajano y Marco Aurelio. Es una forma «cinematográfica» de representar plásticamente un evento, que nos ha dejado testimonios modernos muy



elocuentes, como las ubicadas en París en las plazas Vendôme y de la Bastilla, o en Viena ante la iglesia de San Carlos Borromeo.

Un edificio romano que ha tenido influencia decisiva en la arquitectura posterior de planta central ha sido el Panteón de Agripa. Palladio escribió que representaba «una imagen del mundo», por su armonía, por su forma circular, alegoría de nuestro planeta y del cosmos, reflejándolo neoplatónicamente como unidad matemática, y por sus especiales connotaciones ideológicas como templo dedicado a todos los dioses. Bramante lo consideraba metáfora del Universo y el edificio más perfecto de la Antigüedad. Este arquetipo edilicio se ha eternizado a través de la basílica bizantina de Santa Sofía en Constantinopla, la cúpula central de San Pedro en Roma o la iglesia parisina también llamada Panteón. Pero asimismo está presente en famosos santuarios musicales, como el Albert Hall de Londres o el Teatro de la Maestranza sevillano, sin olvidar el Memorial Jefferson de Washington, proyectándose por tal vía la tradición humanista desde la Europa «clásica» al Nuevo Mundo.

Y así podríamos seguir reseñando paradigmas arquitectónicos grecorromanos reavivados en tiempos contemporáneos: los templos paganos en la iglesia de La Madeleine o el edificio de la Bolsa de París, o en la arquitectura oficial impulsada por Jefferson (State Capitol de Richmond); los magnos edificios para espectáculos (anfiteatros, circos) en nuestros actuales coliseos deportivos, circuitos automovilísticos o plazas de toros; la idea del teatro en hemiciclo tiene muchas versiones modernas; y hasta nuestras grandes superficies comerciales de hoy remontan en última instancia a los mercados promovidos por el emperador Trajano junto al mismísimo centro de Roma. Es cierto que hoy la tradición clásica no es la norma, pero muchas formas de la arquitectura antigua han revivido en la ecléctica arquitectura moderna. Incluso en nuestro postmodernismo el clasicismo, no siendo la norma, resulta provocativo, controvertido y experimental. Las referencias clásicas sirven para dar toques coloristas o extravagantes a edificios modernos.

No podía faltar en esta revisión del legado clásico la Política. Las estructuras políticas y jurídicas de Europa occidental se han redefinido

periódicamente con relación a la Antigüedad grecorromana. Condición ineludible para integrarse en la Comunidad Europea es asumir un régimen democrático. Los griegos, en su búsqueda constante de la «forma ideal» en todos los órdenes de la creatividad humana, se aplicaron también en encontrar la mejor forma política posible. Tras ensayar diversas fórmulas, así la oligarquía, la tiranía o la demagogia, creyeron descubrirla en la democracia, que también conoció una precaria existencia. No fue una democracia como hoy la entendemos, pues en la Atenas clásica su ejercicio estaba reservado celosamente al selecto cupo de quienes disfrutaban la condición de «ciudadanos», marginando a varios grupos sociales (mujeres, esclavos, extranjeros), aunque constituyeran mayoría numérica.

Tal es la crítica que se hace a aquel sistema, aunque supuso un decisivo avance. Pero quizás los griegos hubieran respondido a dicha acusación, alegando que nuestras modernas democracias representativas son realmente oligarquías electivas. Nunca hubieran entendido que en un régimen democrático la acción política efectiva hubiera correspondido no a una presencia continua y activa del conjunto de la ciudadanía, sino a lo que hoy denominamos la «clase» política. Para ellos el hombre sólo podía funcionar como «animal político» en un sistema a la medida de lo humano, donde todos pudieran participar directamente. Esa «medida» era la ciudad-estado, la *polis*. Es evidente que en nuestros modernos estados tales planteamientos resultan inviables. Pero quizás estemos entendiendo actualmente algo de lo que sentían los antiguos griegos (y luego asumiría la autonomía municipal romana hasta cierto punto), cuando nuestros gobiernos impulsan fórmulas de descentralización política, así a nivel territorial (se habla mucho también de la Europa de las regiones), para dar una mayor incidencia participativa y capacidad de decisión a los ciudadanos sobre las cuestiones que les afectan más de cerca.

En todo caso, no deja de ser un descubrimiento importante en la antigua Hélade el concepto de «comunidad política» soberana capaz de tomar sus propias decisiones, sin depender de despóticos poderes unipersonales amparados en legitimaciones divinas, por muy sabios que fuesen, como ocurría en los estados orientales que, sustancialmente

por dicha «diferencia», los griegos consideraban «bárbaros». Pese a su azarosa existencia política, tendemos a juzgar en este terreno a los antiguos griegos como más limpios que los romanos, viendo a éstos como más corruptos, quizás porque los percibimos más cercanos a nosotros y los sometemos al mismo rasero. Pero mucho de lo que sabemos del abuso de poder nos lo contaron los propios romanos, así Cicerón o Plinio el Joven. Ello indica que al menos tenían un ideal de buen gobierno, y que ejercían ciertas formas de autocrítica, algo esencial en nuestros modernos sistemas democráticos; autocrítica que, retornando a la Antigüedad, difícilmente podemos imaginar en un asirio, un egipcio o un persa.

Nadie duda, sobre todo después de haber leído la «Política» de Aristóteles, que los griegos nos proporcionaron el lenguaje de la teoría política, que sigue vigente. Pero en este terreno ha sido realmente Roma la que ha tenido más trascendencia en la praxis política moderna. Para algunos tratadistas nuestros modernos sistemas bicamerales proceden del viejo régimen de la República romana, que repartía los poderes entre un componente oligárquico, el Senado, y un componente popular, los tribunos de la plebe y los comicios. Sobre la teoría de los regímenes políticos ha tenido enorme influencia el análisis, por lo demás desvirtuado, que en el siglo II a. C. hizo el historiador Polibio de lo que consideraba la «constitución» romana. Las nociones de separación y equilibrio de los tres poderes remontan en última instancia a la visión polibiana.

Es cierto que la Roma republicana siempre fue un baluarte aristocrático con oportunos travestismos en su fisonomía política. Pero funcionaban componentes democráticos en el sistema porque, a fin de cuentas, los magistrados debían ser elegidos en unos comicios, donde lo que hoy llamaríamos «clase política» debía solicitar los votos al pueblo. Y en tal coyuntura se ponía en juego lo que es la esencia de la política tal como nos la aportaron originalmente los griegos, el arte de convencer, de revalorizar con argumentos las ideas propias ante las del adversario. En lo positivo y en lo negativo seguimos sustancialmente sintonizando con aquellas formas de hacer política.

Tales planteamientos influyeron mucho en pensadores políticos modernos como Maquivelo, Vico o Montesquieu. Los intelectuales romanos están muy presentes en los políticos del siglo XVIII, el historiador Tácito fue muy popular entre los republicanos ingleses y punto de referencia de los defensores de la nueva monarquía liberal y constitucional. Muchos líderes de la Francia revolucionaria estaban fascinados por la Roma republicana, por el ejemplo de los héroes ensalzados por el historiador Tito Livio, así Coriolano o Escipión, o por los discursos de Cicerón. Napoleón llevó el título muy romano de Primer Cónsul, antes de que considerara más positivo para sus intereses coronarse como nuevo Carlomagno, que era a fin de cuentas reivindicar la vieja idea de la unidad de Europa.

Si la Inglaterra liberal y la Francia revolucionaria del XVIII convirtieron a la Roma republicana en paradigma, también la patria de Virgilio proporcionaba la antítesis detestable, la perversión del sistema. Se veía en el Imperio, absolutista y decadente como el «Ancien Régime» abatido por la revolución, sistema de gobierno que legó a la historia de Europa otro modelo político, lo que ha venido a llamarse cesarismo. Toma su nombre del gran Julio César, líder liberal y popular en la palestra política de su tiempo, pero que para los republicanos modernos simbolizaba la opresión, el autoritarismo, no olvidemos que dio el golpe de gracia al viejo estado republicano revistiendo los poderes de *dictator*. La «Historia de Roma» de Tito Livio y las «Vidas Paralelas» de Plutarco han suministrado a la consideración de los tratadistas modernos muchos prototipos políticos de la Antigüedad. Pero ha sido la dominante figura de César la que ha suscitado más reflexiones, y ha estimulado más creaciones literarias. El teatro de Shakespeare llevó con ella a la escena cuestiones políticas que han tenido y siguen teniendo enorme actualidad, el funcionamiento del poder, la manipulación de las masas, la ambición, etc. Y del teatro al cine, así el conocido film de Mankiewicz sobre César, o aquellas películas «de romanos» donde la dialéctica autocracia-libertad se expresa a través de los conflictos entre el poder de Roma y los elementos «contestatarios» del sistema, fuesen los esclavos de Espartaco o los cristianos.

En la ya larga historia de Europa la palabra «césar» llegó a convertirse en epíteto imperial. Todavía en el aún reciente siglo XX ha habido tres césares en el mundo: el shah de Persia, el kaiser de Alemania y el zar de Rusia. A lo largo de dos milenios a menudo ha habido algún césar. Y para algunos de ellos, sea Carlomagno, Carlos V o Napoleón, la unificación «imperial» de Europa ha sido una herencia romana a reivindicar y un imperativo político. Pero recordemos también que el fascismo italiano coincidió (1933) con el Bimilenario de Augusto, heredero de César y fundador del régimen imperial romano, que estuvo sostenido por una amplia base popular y la naturaleza carismática del líder, es decir por componentes irracionales y afirmaciones personalistas, no por formulaciones constitucionales. En aquellos años el Prof. Syme publicó uno de los más importantes libros sobre la antigua Roma aparecidos en el pasado siglo, «La Revolución Romana». Era la que precisamente había llevado al poder al «partido» de Augusto, fundador de una nueva Roma que surgía del viejo y corrupto régimen de la República, corroído por las luchas entre facciones y clientelas, e incapaz de asumir las aspiraciones de nuevos grupos sociales urbanos en alza, pero marginados políticamente.

Vistas las cosas desde tal perspectiva, se establecían indudables analogías entre la crisis de la República romana y la situación vivida internamente por algunos países de Europa en tiempos inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Tal coyuntura favoreció el auge de las ideologías de corte fascista y su ulterior toma del poder. Asociadas a ellas están las políticas imperialistas, que también buscaron reavivar otras herencias romanas. Precisamente la expansión imperialista de Roma, su desarrollo pero también su caída, siempre ha interesado a quienes han aportado reflexiones sobre la Historia Universal y los hilos que la han movido. Es una de las cuestiones capitales y más debatidas de la Historia de Roma, con evidentes resonancias en nuestro mundo actual. Cuando los historiadores se interesan tanto en los últimos decenios por los grupos financieros que se movieron entonces, subyace en el fondo la evidencia de que Roma también globalizó económicamente lo que tenía ya políticamente dominado.

Las pasadas aventuras coloniales de Europa se han visto a menudo como una repetición de la romana, y tal precedente, con las derivaciones culturales consiguientes, sirvió en su momento como justificación política para algunas naciones europeas que se proyectaron colonialmente en África. Incluso el film «Scipio el Africano» (1937), por poner un ejemplo, se instrumentalizó para aportar fundamentos ideológicos a la ocupación italiana de Libia, como una renaciente Roma sometiendo de nuevo a su enconada rival Cartago. La colonización romana se ha contrastado con otras muchas colonizaciones posteriores. Pero la expansión de Roma no se hizo incorporando simplemente espacios geográficos, sino englobando colectividades de muy diversa naturaleza que se fueron asimilando, utilizando entre otras vías la difusión de la ciudadanía romana. Desde modernas ópticas nacionalistas se ha criticado al imperio romano precisamente por uno de sus aspectos más sugestivos, su capacidad de integrar ecuménicamente pueblos muy diversos. Ninguno de los grandes poetas romanos fue nativo de Roma, pero Roma los acogió a todos liberalmente.

La palabra «colonia» es romana. Pero con la ventaja que nos da conocer los procesos históricos al completo, y siendo estrictamente fieles a la Historia, habría que admitir dos cosas: que han sido realmente las «colonizaciones» modernas las que han inbuído a los términos «colonia» y «colonizar» de las connotaciones peyorativas que hoy tienen; y que no tanto por la forma en que se desarrolló, sino por los resultados de integración cultural con los que culminó, la colonización romana nunca habría exigido con el tiempo otro proceso histórico de descolonización. Ello no quiere decir que todo fueran «luces» en dicho proceso, también conoció numerosas «sombras», que están en los libros de Historia precisamente porque los propios historiadores que escribieron dentro del estado romano no las olvidaron, sino que hicieron constar algunos de sus episodios más nefastos.

No ha sido tal el objetivo de esta lección, que sólo ha pretendido evaluar lo que en definitiva, considerando cerrado el ciclo de su propia existencia, trascendió más allá del tiempo que a Roma le tocó vivir en la Historia, analizando sus positivos resultados como savia

enriquecedora para generaciones posteriores. Pues reflexionar sobre lo que hubiera sido la trayectoria de Europa, si los pueblos prerromanos no hubieran quedado atrapados por las «negativas» influencias romanas, hubiera sido balancearse sobre las escurridizas arenas de la historia-ficción. Pero el viejo debate no se resigna al olvido, y recientemente ha vuelto a adquirir «modernidad» con el todavía reciente hundimiento de la antigua U.R.S.S. y el hegemónico papel que han tomado los Estados Unidos. Al hilo de los acontecimientos del 11-Septiembre las «funciones históricas» de Roma y Norteamérica han vuelto a ser objeto de discusiones, cuando no de claros paralelismos, en los medios de comunicación.

Como en este acto académico, basado en la expresividad y contenidos de los discursos, hay un protagonista importante, la palabra, no podemos olvidar que para entrenarse en las palestras políticas, judiciales o de otra índole, surgió el arte de la Retórica. También en este capítulo la deuda de nuestra cultura con la Antigüedad Clásica es muy importante. Esta disciplina se centra en el estudio y control del poder de las palabras, el arte de la persuasión, y tiene especial valor en las sociedades democráticas y en las relaciones internacionales, lo estamos viendo cotidianamente. Los griegos, la civilización de la palabra, la concibieron como un arte y la incluyeron en su sistema educativo. Ya lo definió Aristóteles, hablar es democracia. Pero para la cultura europea han sido más influyentes autores latinos como el hispano Quintiliano y, muy especialmente, Cicerón, quien escribió un tratado, el *De inventione*, describiendo a la Retórica como un aspecto de la Política cuyo objetivo es persuadir mediante la palabra. Buena parte de la herencia clásica en este campo nos ha llegado a través de la Iglesia primitiva, algunos de sus defensores frente al paganismo (Tertuliano, Lactancio, San Agustín) fueron notables oradores.

La idea ciceroniana del hombre de estado como orador ha sido muy influyente en los tratadistas políticos desde el Renacimiento hasta la Inglaterra del XVIII y los Estados Unidos en la primera mitad del XIX. Pero también hoy en nuestro mundo globalizado y civilizado. Los discursos de los gobernantes, los mítines electorales, los debates entre candidatos o diputados, las conferencias o la actividad docente, por

poner sólo algunos ejemplos, siguen mostrando cómo muchos de los factores que impulsaron la antigua Retórica siguen teniendo hoy vigencia. Mientras la palabra hablada juegue un papel decisivo en la configuración de nuestra conciencia social, política, religiosa o cultural, los clásicos tendrán algo que decirnos.

La Europa que estamos construyendo para el futuro se beneficia de importantes herencias del pasado, que debemos apreciar en su justo valor, porque gracias a ellas nuestra identidad de europeos se ha ido configurando hasta ser la que hoy es. La «aportación romana» ocupa un lugar fundamental en la construcción de nuestra Europa unida. Fue entonces cuando se entendió por primera vez la importancia de las comunicaciones en la integración política y dinamización económica de grandes espacios geográficos. Roma propulsó la primera gran red de comunicaciones europea, siglos después obsesión napoleónica, que facilitó los intercambios comerciales y culturales, convirtiéndose su imperio en el primer gran espacio económico homogéneo de la Historia en torno al eje mediterráneo, cuya importancia hoy es innegable. Tal desarrollo fue propiciado por una unificación monetaria, precedente del actual proceso que vive la Comunidad Europea. Y lo que fue espacio unificado política y económicamente, se convirtió igualmente en el primer gran ámbito de intercambios culturales (ciencia, religión, filosofía, lengua, artes, etc.) que ha conocido Europa.

También los romanos, en su origen un pueblo de rústicos agricultores, impulsaron la primera «Europa de las ciudades», expandieron la urbanización por todas partes, fundando nuevas urbes, como centros políticos, económicos y culturales, o convirtiendo jurídicamente las antiguas comunidades indígenas en municipios (*municipium*, otro concepto romano). La toponimia europea está plagada de evocaciones romanas, y algunas de las que hoy son grandes capitales en la moderna Europa (obviamente Roma, pero también Londres o París) nacieron en tiempos romanos.

Fue aquella Europa romana la primera que se gobernó con criterios homogéneos, organizándose desde Augusto una estructura burocrática destinada a administrar el amplio espacio del imperio a



gran nivel de especialización. Pero también fue la primera Europa donde los mecanismos centrípetos del poder se compensaron con un alto nivel de descentralización en provincias y ciudades, y el desarrollo de una alta conciencia de autonomía local, con leyes municipales (nuestra Bética ha suministrado los mejores ejemplos), que regularon la convivencia de los ciudadanos en ese ámbito básico de las relaciones humanas que es la «ciudad».

Fue aquella la primera Europa de los ciudadanos. La ciudadanía romana, el más privilegiado estatus personal, se fue extendiendo progresivamente a todos los súbditos del imperio, su difusión nunca estuvo limitada por raza, creencias religiosas o nivel económico, fue un mecanismo de integración jurídica acorde con la fusión dentro de la Romanidad de muy diversos componentes étnicos y legados culturales que llegaron a convivir en armonía. En contra de la visión histórica tradicional, que consideraba a Roma como rodillo aniquilador de culturas ajenas, hoy día los historiadores, con una mayor información arqueológica a su disposición y nuevas ópticas en el análisis de la documentación literaria, valoran las presencias autóctonas y los mecanismos de simbiosis, que reinterpretaron muchas de las especificidades culturales nativas a la luz de la Latinidad.

Es evidente que en la configuración histórica de Europa la idea de una ciudadanía universal, que debe mucho al concepto estoico y cristiano de fraternidad entre los hombres, ha influido notablemente. Mucho después de desaparecer el imperio romano de Occidente ha seguido vigente la idea de una patria y cultura europeas comunes, la naturaleza «integradora» del Imperio Romano ha pervivido y se ha tratado de recrear en Carlomagno, en el Sacro Imperio Romano-Germánico de los Otones, en los fugaces imperios de Carlos V y Napoleón. Hoy día, bajo modernos parámetros, se revitaliza en nuestra Comunidad Europea. Y dentro de ella aspiran a estar hoy «todos», los que formaron parte hace veinte siglos del estado romano, y los que pertenecieron al espacio de los «pueblos bárbaros» que, no lo olvidemos tampoco, fueron paulatinamente acogidos en el ámbito de la Romanidad.

En la configuración de esa conciencia de Romanidad compartida nuestra Andalucía, la entonces Bética, también aportó algunas estimables contribuciones. El primer «andaluz» con proyección universal resulta ser nuestro filósofo cordobés Séneca, que se sentía romano, y más que romano, ciudadano del mundo, por sus convicciones estoicas sobre la paz y la fraternidad. Pero también hay que considerar a los Cornelios Balbos, de origen semita, amigos de Cicerón, Pompeyo, César y Augusto. Aquellos gaditanos fueron prototipo de la integración de los provinciales, los «otros», en la sociedad, la política y la cultura de Roma. Tampoco debemos olvidar a los dos emperadores oriundos de Itálica, Trajano, que encarnó el ideal del mejor gobernante, *Optimus Princeps*, equilibrado y justo, con que había soñado Séneca; y Adriano, el emperador culto, viajero y curioso, que quiso conocer de primera mano la universalidad y capacidad de integración del enorme estado, en gran parte Europa, que había llegado a gobernar.

Ésta creo que es la Europa que debemos construir, consciente de su importante identidad histórica, fomentadora de las relaciones humanas, integradora de todas las herencias culturales que han ido configurando su polifacética personalidad, acogedora de quienes acuden a ella en busca de un mejor horizonte de vida. Y consciente también de que su fuerza está en la unidad y la consolidación de una identidad común, que propicie el papel independiente que debe jugar en este siglo que acabamos de estrenar.

También estimo que estas reflexiones, quizás un poco apresuradamente expuestas, nos comprometen a todos: a quienes enseñamos e investigamos en las facultades humanísticas, porque el legado de la Antigüedad grecorromana está presente en muchas de las disciplinas que tratamos; a la institución universitaria en general, porque en un mundo tecnificado y abocado a los retos del futuro, donde el valor de las cosas está en función de su utilidad, aquí se sigue velando por la pervivencia, estudio y difusión de lo más valioso que nos dejaron las anteriores generaciones en diversos órdenes del conocimiento y la creatividad; a los alumnos, porque así pueden evaluar mejor el sentido que tienen muchas de las enseñanzas que reciben en nuestras aulas; a la sociedad en general porque, sea consciente o no de ello -y

quienes la gobiernan tienen la responsabilidad de que sepamos apreciarlo-, se ha beneficiado de un legado, muchas de cuyas esencias han contribuido decisivamente a perfilar sus señas de identidad.

«El oficio de historiador es el de dar a una sociedad, que es la suya, el sentimiento de relatividad de sus propios valores», ha escrito Paul Veyne, historiador de Roma. Es cierto. A fin de cuentas, aunque griegos y romanos no puedan lógicamente ofrecernos soluciones a los grandes problemas que hoy nos crea el dominio de la tecnología, quizás paradójicamente, por la riqueza de sus reflexiones éticas, filosóficas, artísticas, políticas, nos pueden ayudar a tomar conciencia del lugar desmesurado que la técnica ha tomado en nuestra civilización. La Antigüedad Clásica, ese «pulsar» inagotable de ideas, valores y creatividad que desde veinticinco siglos nos ilumina, nos sigue recordando que lo más valioso y poderoso que tenemos en este mundo no es la materia, la economía, la técnica o la fuerza militar, sino el pensamiento original y libre; y también que los verdaderos retos que la Humanidad tiene desde siempre, conseguir la paz, la justicia, la solidaridad, la fraternidad entre los seres humanos, no han perdido un ápice de su importancia y trascendencia. Muchas gracias.

**BIBLIOGRAFÍA.**

- ALSINA CLOTA, J., *Comprender la Grecia clásica*, Barcelona, 1983.
- ALVAREZ MORÁN, M.C.- IGLESIAS MONTIEL, R.M.<sup>a</sup>. (eds.), *Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del Tercer Milenio*, Murcia, 1999.
- BAILEY, C., *El legado de Roma*, Madrid, 1956.
- BAUZ, H.F., *El imaginario clásico: Edad de Oro, Utopía y Arcadia*, Universidad de Santiago de Compostela, 1993.
- BIANCHI BANDINELLI, R., *Del Helenismo a la Edad Media*, Madrid, 1981.
- BRAGUE, R., *Europa, la vía romana*, Madrid, 1992.
- BRIZI, G., *I sistemi informativi dei romani*, Wiesbaden, 1982.
- CHEVALLIER, R. (ed.), *Influence de la Grèce et de Rome sur l'Occident moderne. Actes du Colloque 1975, Serie «Caesarodunum» XII bis*, Paris, 1977.
- CHEVALLIER, R. (ed.), *La Révolution Française et l'Antiquité*, Université de Tours, Centre A. Piganiol, Serie «Caesarodunum» XXV bis, 1991.
- DAVIES, J.K., *La democracia y la Grecia clásica*, Madrid, 1981.
- DÍAZ PLAJA, F., *Griegos y Romanos en la Revolución Francesa*, Madrid, 1980.
- DODDS, E.R., *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Madrid, 1975.
- DUBUISSON, M., «La permanence de la pensée politique romaine de la Renaissance à la Revolution», *LEC*, 67 (1999), 229-238.
- DUPLÁ, A.- IRIARTE, A. (eds.), *El cine y el mundo antiguo*, Universidad del País Vasco, 1990.
- EDELSTEIN, L., *L'idea di progresso nell'Antichità Classica*, Bolonia, 1987.
- FALQUE, E.M.- GASCÓ, F. (eds.), *Modelos ideales y prácticas de vida en la Antigüedad clásica*, Universidad de Sevilla, 1993.
- FINLEY, M., *Democracia antigua y democracia moderna*, Madrid, 1976.
- GARCÍA GONZÁLEZ, J.M.- POCIÑA PÉREZ, A. (eds.), *Pervivencia y actualidad de la cultura clásica*, Universidad de Granada, 1996.
- GARCÍA GUAL, C., *La Antigüedad novelada. Las novelas históricas sobre el mundo griego y romano*, Barcelona, 1995.

- GIARDINA, A., *Tradizione dei classici, trasformazioni della cultura*, Bari, 1986.
- GIARDINA, A., *El Hombre Romano*, Madrid, 1991.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J.- PÉREZ LARGACHA, A.- VALLEJO GIRVÉS, M., *Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Universidad de Alcalá de Henares, 1994.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J. (ed.), *Lecciones de Cultura Clásica*, Universidad de Alcalá de Henares, 1995.
- GÓMEZ IGLESIAS CASAL, A., *La influencia del Derecho Romano en las modernas relaciones de trabajo*, Madrid, 1995.
- GUZMÁN, A.- GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J.- GÓMEZ PANTOJA, J., *Aspectos modernos de la Antigüedad y su aprovechamiento didáctico*, Madrid, 1992.
- HINGLEY, R. (ed.), *Images of Rome: Perceptions of ancient Rome in Europe and the United States in the modern age*, «Journal of Roman Archaeology», Suppl. Series No. 44, Portsmouth, Rhode Island (U.S.A.), 2001.
- JAEGER, W., *Paideia: los ideales de la cultura griega*, Madrid, 1981.
- JENKYN, R. (ed.), *El legado de Roma. Una nueva valoración*, Barcelona, 1996.
- KAPLAN, R.D., *El retorno de la Antigüedad. La política de los guerreros*, Barcelona, 2002.
- LAZZO DE LA VEGA, J.S., *Ideales de la formación griega*, Madrid, 1966.
- MAC MULLEN, R., *Enemies of the Roman order*, Cambridge (Mass.), 1966.
- MOORMANN, E.M.- VITTERHOEVE, W., *De Adriano a Zenobia. Temas de la historia clásica en la literatura, la música, las artes plásticas y el teatro*, Madrid, 1998.
- MOSSÉ, C., *L'Antiquité dans la Révolution*, Paris, 1989.
- MUÑOZ, F. (ed.), *Confluencia de culturas en el Mediterráneo*, Universidad de Granada, 1993.
- PARKER, H.J., *The Cult of Antiquity among the French Revolutionaries*, Chicago, 1939.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F.-BADENAS DE LA PEÑA, P.-LUCAS DE DIOS, J.M<sup>o</sup>., *Raíces griegas de la cultura moderna*, Madrid, 1994.
- RODRÍGUEZ NEILA, J.F., *Ecología en la Antigüedad Clásica*, Madrid, 1996.

2002      *apertura*      2003  
*del curso académico*

SCOBIE, A., *Hitler's state architecture: the impact of Classical Antiquity*, Pennsylvania State Univ. Press, 1990.

SHERWIN-WHITE, A.N., *Racial prejudice in imperial Rome*, Cambridge, 1967.

TRAINA, G., *La tecnica in Grecia e a Roma*, Bari, 1994.

VAN GRONINGEN, B.A. (ed.), *The Living Heritage of Greek Antiquity*, La Haya-París, 1967.

VEYNE, P., *L'inventaire des différences*, Paris, 1976.

VEYNE, P., *La société romaine*, Paris, 1991

